



OBISPADO DE AGUASCALIENTES

APARTADO 167

TELEFONO (449) 915-32-61 FAX (449) 916-33-12

C. P. 20000 AGUASCALIENTES, AGS.,

MEXICO.

CIRCULAR N° (208) 20/2019.

16 de Diciembre de 2019.

ASUNTO: “MENSAJE DE NAVIDAD”

A TODOS LOS SACERDOTES Y FIELES DE ESTA  
DIÓCESIS DE AGUASCALIENTES.

Queridos hermanos todos en el Señor Jesús, lo saludo con especial alegría ante la ya próxima conmemoración de la Navidad. El día de ayer, *Domingo de Gaudete*, la liturgia nos invitaba a vivir el regocijo de saber que Dios es fiel a sus promesas y que nos acompaña siempre y en todos los momentos de nuestra vida. Que aunque esperamos su venida definitiva, no dejamos de vivir el presente con la certeza de que Él está con nosotros.

El pasado 1 de Diciembre, coincidente con el primer Domingo de Adviento, el Papa Francisco ha escrito una hermosa Carta Apostólica llamada *Admirabile signum*, que dirige nuestra mirada y nuestro corazón a la primera Navidad, que representamos en los bellos e ingeniosos *nacimientos* que elaboramos en nuestras casas. El contemplar el nacimiento del Niño Dios nos impulsa a vivir con gratitud el don del amor de Dios que se hace uno como nosotros.

Al felicitarlos por el próximo tiempo de Navidad, quiero compartir con ustedes los siguientes seis puntos de reflexión, tomando como inspiración la citada carta.

### **1. La alegría del nacimiento de Jesús, nuestro Salvador.**

El hermoso signo del pesebre, tan estimado por el pueblo cristiano, causa siempre asombro y admiración. La representación del acontecimiento del nacimiento de Jesús equivale a anunciar el misterio de la encarnación del Hijo de Dios con sencillez y alegría. El belén, en efecto, es como un **Evangelio vivo**, que surge de las páginas de la Sagrada Escritura. La contemplación de la escena de la Navidad, nos invita a ponernos espiritualmente en camino, atraídos por la humildad de Aquel que se ha hecho hombre para encontrar a cada hombre. Y descubrimos que Él nos ama hasta el punto de unirse a nosotros, para que también nosotros podamos unirnos a Él.

El misterio de Dios hecho hombre representa para nosotros una gran noticia, una noticia renovadora para cada generación, pero, en particular, para esta generación en este tiempo en el que vivimos. La alegría del nacimiento de nuestro Redentor constituye en sí misma un acontecimiento en la vida de cada uno de nosotros, puesto que tal acontecimiento emana del hontanar de toda experiencia de fe: la Encarnación de Dios.

La auténtica revolución en la historia, nos dice el Papa en su Carta Apostólica *Admirabile signum*, es la que nace de la experiencia de la ternura y de la mansedumbre de

Dios ofrecido a nosotros para nuestra salvación, en la humildad y fragilidad de un niño envuelto en pañales y recostado sobre un pesebre: *«Al nacer en el pesebre, Dios mismo inicia la única revolución verdadera que da esperanza y dignidad a los desheredados, a los marginados: la revolución del amor, la revolución de la ternura»* (n. 6).

Solo disponiendo el corazón al acontecimiento nuevo, a ese acontecimiento imposible para nosotros en el que Dios interviene en la historia para abrir en ella nuevos senderos, senderos no hollados por pisadas de hierro y dominio, sino por pisadas de pobres, por los pies de los humildes, como dice Isaías (cfr. 26, 6), es como vamos aprendiendo a creer y esperar en un mundo nuevo, que adviene por la fuerza de la ternura.

## **2. Que la fragilidad no ahogue nuestra esperanza.**

Al poner énfasis en la fuerza de la fragilidad y de la mansedumbre, el Papa nos dirige un mensaje esperanzador, y este mensaje no puede ser más propicio para nosotros, que vivimos en medio de un escenario nacional marcado por la violencia y la inseguridad. A este clima de violencia, la respuesta de la Iglesia jamás será la de azucar sedimentados resentimientos y odios para hacer frente a la violencia con más violencia, o bien, a hacer frente a la incertidumbre económica con la desestabilidad social.

Por el contrario, solamente comprendiendo la fuerza de la misericordia en la que Dios manifiesta su poder, es posible construir puentes de fraternidad y amistad. Es necesario hacer presentes las palabras con las que el Papa exalta el fulgor que irradia desde el pesebre: *«Desde el belén, Jesús proclama, con manso poder, la llamada a compartir con los últimos el camino hacia un mundo más humano y fraterno, donde nadie sea excluido ni marginado»* (n. 6).

El manso poder, o el poder de la mansedumbre, es la única arma que puede hacer frente al mecanismo de violencia e incluso desmantelarlo. Cristo ha derribado el muro que nos separaba a los unos de los otros: el odio; esto no significa que el odio haya desaparecido del escenario de la humanidad, pero sí quiere decir que, a partir de Cristo, ni el odio ni la violencia tienen ya justificación; más aún, a partir la escena de Belén, que manifiesta la fuerza de la ternura en la fragilidad de un niño expuesto y hecho pan para que los pueblos tengan vida en Él, cualquier poder que nazca de la violencia y se alimente de ella no podrá ser sino un poder pervertido y pervertidor.

## **3. Urge leer nuestra situación actual poniendo la mirada en Belén.**

La fuerza creadora de nuevos caminos y horizontes que emerge desde la contemplación del pesebre reside en nuestra capacidad para dejarnos sorprender y afectar por el impulso renovador de la escena de Belén. Es verdad que la representación del pesebre en la cual Cristo es ofrecido al mundo junto al corazón virginal de su tierna madre y la presencia fiel y providente de San José no es una representación nueva; más aún, ella ha constituido un tesoro transmitido y compartido en el seno de la tradición viva de la Iglesia.

En su Carta, el Papa nos invita a redescubrir el valor vivificante y catequético de este misterio admirable. Contemplar el nacimiento de nuestro Redentor es permitir que esta escena toque las fibras más profundas de nuestra imaginación y de nuestros afectos, es abrir nuestra experiencia a nuevas y distintas variantes imaginativas que nos inspiren a creer más y esperar más en el mundo y la tierra que vendrán, sintiéndonos implicados en la historia de salvación no como meros transmisores pasivos de la revelación, sino como agentes y copartícipes del actuar de Dios en ella. Por este motivo, dice el Papa que la representación de Belén *«nos ayuda a imaginar las escenas, estimula los afectos, invita a sentirnos implicados en la historia de la salvación, contemporáneos del acontecimiento que se hace vivo y actual en los más diversos contextos históricos y culturales»* (n. 3).

#### **4. La virgen María, comunica a nuestro pueblo el nacimiento de su Hijo.**

La representación del acontecimiento de Belén nos evoca, de igual manera, otro momento de la historia en el que María manifiesta a su Hijo a todas las naciones, que tuvo lugar un 12 de diciembre de 1531, según el calendario juliano, y acaeció en la imagen de una doncella encinta y pronta para dar a luz. En este acontecimiento, María, *«la Madre del verdadero Dios por quien se vive»* (Nican Mopohua), se hace a sí misma un mensaje para todos los pueblos, comenzando por los pueblos de América, que yacían postrados por el yugo del odio y la desolación.

El mensaje que ella, en su visita, nos comunicó, y nos comunica a cada generación, es el mensaje de Belén: que Jesucristo, haciéndose pobre, se deja tocar y gustar por los corazones afligidos y agobiados. Afirma el Papa, refiriéndose a los pastores que acudieron al jubiloso anuncio del ángel: *«[...] los pastores se convierten en los primeros testigos de lo esencial, es decir, de la salvación que se les ofrece. Son los más humildes y los más pobres quienes saben acoger el acontecimiento de la encarnación»* (n. 5).

De igual manera, el mensaje, o código, que María encarna anuncia una buena noticia para todos los pueblos, pero son, en primer lugar, los vencidos de estas tierras mesoamericanas quienes fueron capaces de descubrir el mensaje esencial de la Tonantzin Guadalupe: Ella no se refería a sí misma, sino que anunciaba para ellos el nacimiento de un nuevo Sol, este Sol que no había venido para socavar o desplazar su sensibilidad religiosa, sino para darle plenitud, anulando el muro que separaba las dos civilizaciones enemistadas (el viejo y el nuevo mundo) y les impedía verse como hermanas.

Este *«Sol que nace de lo alto»* (Lc 1, 78), se anuncia con semblante mestizo; no indígena, ni español; un rostro que llevará en su piel la impronta del dolor de su pueblo, pero no para presionar en la herida, haciendo de ella un permanente recuerdo del oprobio, sino para mostrar un rostro cercano y materno, un rostro que se deja tocar como la fuente de paz y de consuelo: *«Mucho quiero, mucho deseo que aquí me levanten mi casita sagrada. En donde lo mostraré, lo ensalzaré al ponerlo de manifiesto: Lo daré a las gentes en todo mi amor personal, en mi mirada compasiva, en mi auxilio, en mi salvación»* (Nican Mopohua).

## **5. Encarnándose, Dios hace visible, sensible, tangible su cercanía amorosa.**

El Papa Francisco, hace hincapié en la disposición que Dios tiene de hacer su salvación no solo visible, sino incluso sensible, tangible. En este sentido, en la economía salvífica de Dios, existe una profunda equivalencia entre su cercanía y su pobreza. Cristo, siendo pobre, se hizo tangible, cercano, y, viceversa, siendo cercano, asumió nuestra pobreza, en razón de su admirable intercambio, por el cual «siendo rico, se hizo pobre para enriquecernos con su pobreza» (1 Co 8, 9). El admirable misterio revelado en Belén es un misterio sobrecogedor en virtud de su cercanía; un misterio que suscita estupor y admiración no por su inaccesibilidad, sino, por el contrario, haciéndose alcanzable hasta el punto de dejarse tocar, y esto lo entendió con clarividencia san Francisco de Asís. Dice el Papa: «*El pesebre es desde su origen franciscano una invitación a “sentir”, a “tocar” la pobreza que el Hijo de Dios eligió para sí mismo en su encarnación.*» (n. 3).

Esto sin duda alguna es un llamado para todos los fieles cristianos a manifestar el consuelo de Dios, no sólo en forma audible o visible, sino también tangible. Precisamente, en un momento de la historia como el que vivimos en el que pareciera imperar la violencia de las imágenes y los discursos, en una sociedad en el que los spots estridentes y apabullantes parecieran socavar el clamor de las víctimas, es menester comenzar a aprender a escuchar el silencio, ese silencio de Belén que no se manifiesta con aspavientos ni inspira sensacionalismos. El silencio de Belén brinda respiro y frescura a nuestros proyectos sociales y pastorales y nos alienta a no permanecer al margen del camino en gravosos derrotismos o en ilusos triunfalismos. El silencio de Belén nos toca y nos traza el camino a seguir. Nuestra existencia cristiana es una existencia en seguimiento del Camino.

## **6. Hagamos caminos de cercanía también nosotros.**

Es sugerente que, en esta Carta Apostólica *Admirabilis signum*, el Papa insista en siete ocasiones en la correlación entre el pesebre y el camino. En el número uno, por ejemplo, sostiene que «*la contemplación de la escena de la Navidad, nos invita a ponernos espiritualmente en camino, atraídos por la humildad de Aquel que se ha hecho hombre para encontrar a cada hombre*». La fe es camino, pero, a la vez, es un camino por trazar. Que Dios nos haya indicado en Cristo el camino que nos conducirá hacia Él, no excluye el que sea menester toda una eternidad para hacerlo nuestro camino. Por este motivo, si bien es cierto que el Camino es Cristo, también es verdad que nos toca a nosotros el hacer y rehacer su camino en nuestra vida y en nuestras comunidades. Pero, para ello, debemos comenzar a aprender a ver nuestra vida presente y la de los demás con ojos humildes, con esos ojos con los que san Francisco contempló el misterio de Belén.

El belén forma parte del dulce y exigente proceso de transmisión de la fe, desde nuestra infancia y luego en cada etapa de la vida, nos educa a contemplar a Jesús, a sentir el amor de Dios por nosotros, a sentir y creer que Dios está con nosotros y que nosotros estamos con Él, todos hijos y hermanos gracias a aquel Niño Hijo de Dios y de la Virgen María. Y a sentir que en esto está la felicidad. Que en la escuela de san Francisco abramos el corazón a esta gracia sencilla, dejemos que del asombro nazca una oración humilde:

nuestro “gracias” a Dios, que ha querido compartir todo con nosotros para no dejarnos nunca solos.

Animémonos los unos a los otros en este tiempo, ayudémonos a descubrir la presencia de Dios en medio de nosotros. Que la contemplación del admirable misterio de la Encarnación nos llene de esperanza y de gozo. ¡Feliz Navidad!

  
P. Daniel Escobedo Torres  
Secretario Canciller



  
+**JOSÉ MARÍA DE LA TORRE MARTÍN**  
VII Obispo de Aguascalientes

